

Ricardo Lagos Escobar

Ex Presidente de la República de Chile

Vengo a este solemne salón, a despedir al político que enfrentado al más dramático momento de nuestra patria, lo hizo con sus más profundas convicciones. Y que hoy, al momento de su partida -como aquí se ha dicho- entra por la puerta ancha de la historia republicana.

Y también vengo a despedir al profesor de enseñanza media en el Instituto Nacional, allá en el año 1954, como alumno. Y vengo a despedir al jurista, al maestro de la Escuela de Derecho. Y vengo también a despedir al colega de la Facultad de Derecho con quien compartimos, a veces en posiciones contrapuestas, los avatares de la reforma universitaria de 1968.

Vengo a despedir a quien, en aquellos años, era un fiel exponente del servidor público que desde la educación le devolvía a Chile, lo que éste le había dado.

Vengo a despedir a quien enfrentó, como un actor principal, al Chile que se encaminaba con la creciente polarización por la que atravesaba la sociedad chilena. Nos acercábamos, todos, a una gran tragedia griega que empujaba a todos sus hijos.

Fue el golpe de 1973 el fracaso de los demócratas. Queríamos cambiar la sociedad y no fuimos capaces de encontrar un acuerdo común, amplio y convergente, capaz de encausar tantas demandas acumuladas. Y a partir de ese fracaso, la visión de los chilenos se hizo cada vez más polar.

Vengo, entonces, a despedir aquí y a la vez reconocer el gesto elevado, de ese actor principal que encabeza, como Presidente de Chile, un funeral de Estado a quien se inmolará y pagará con su vida, la lealtad que el pueblo chileno le entregó, como el propio Allende lo dijo en su discurso final.

Creo que ahí se cierran las heridas del ayer y ahí también empieza, entonces, a conculcar un conjunto de voluntades para que el humanismo laico y cristiano se encuentre tras un camino común.

Y es, entonces, ese periodo donde entramos todos en el túnel largo, donde no se veía luz alguna al otro lado, donde en esa larga noche oscura, cada uno de nosotros, primero en nuestra propia individualidad y luego en pequeños grupos de nuestros partidos, hicimos el análisis de por qué había ocurrido. Y creo que en la dificultad de esos años, en el drama que vivíamos cotidianamente, empezó a germinar la semilla de un reencuentro indispensable para poder sacar a Chile de la dictadura.

Sí. Cómo hacer para una convergencia de todos los demócratas, para reencontrarnos todos con lo más profundo del alma de Chile, como nos lo decía el “Cardenal amigo”. No fue fácil. A mí me costó sentarme a conversar, pero fue el Derecho, la justicia, la ley, para Patricio Aylwin, que lo condujo por un camino de apertura.

El político da paso al jurista, el jurista da paso a la ley y es a partir de ese Grupo de Estudios Constitucionales de los 24, lo que permite abrir un espacio. Un Pacheco, un Jaime Castillo y recordémoslo aquí, a alguien que no era del mundo del Derecho sino del mundo de las grandes políticas, Edgardo Boeninger. Y así se fue construyendo una forma distinta de entendernos, donde Aylwin fue, tal vez porque sentía con mayor fuerza la necesidad de ser el artífice de aquello. Y empezamos entonces a dialogar. Estábamos aprendiendo, así, que la política con mayúscula, en último término, es el arte de lo posible.

Por ello, vengo aquí a despedir a Aylwin que, al igual que Gabriel Valdés y tantos otros, con su compromiso político, profundo, ayudaron a pavimentar el difícil camino de la unidad de los demócratas.

Gracias, Presidente, por su esfuerzo y comprensión en la unidad de la diversidad que éramos cada uno de nosotros. Por eso digo, vengo a despedir aquí al jurista y al político que, desde el Grupo de los 24 y después como vicepresidente de la Alianza Democrática junto a Gabriel Valdés, fue la primera gran coalición para enfrentar la dictadura hasta la victoria del “No”.

Vengo a despedir a ese vicepresidente del Colegio de Abogados que en 1986, estando preso, fue el primero en ir a interceder por mi libertad.

Vengo a despedir a Patricio Aylwin, para agradecer ese abrazo grande que nos dimos cuando le proclamó al mundo el triunfo del “No”.

El “No”, en donde él como primus inter pares, fue capaz de convocar e interpretar a ese grupo heterogéneo de partidos. Pero en donde, con ese modo de él, duro en la fuerza y en las ideas, suave en la forma; fue capaz de ir conduciendo esa alianza hasta convertirla después del triunfo del No, en el entendimiento básico para generar las condiciones de gobierno futuro.

Es allí, entonces, donde teníamos al país democrático en el horizonte. Comenzaba la construcción democrática y ahí-yo diría aquí y quisiera recordarlo, Patricio Aylwin, fungido Presidente-, resultó natural que cuando su partido lo proclamara, el resto entendiéramos que era el hombre a quien le había llegado su tiempo de encuentro con la historia. Ese primus inter pares devenía en Presidente y ahí, entonces, de nuevo en nuestro abogado afloraron sus principios, su forma de mandar, la dignidad republicana de ejercer el cargo y para enfrentarse a aquel que de dictador pasaba a Comandante en Jefe. Qué difícil transición.

Asisto para el amigo que convirtió la táctica para llegar a La Moneda, en una estrategia de largo alcance para cimentar lo que serían los futuros gobiernos de la Concertación.

Digámoslo francamente, nunca pensamos continuar más allá de los cuatro años de Aylwin. Implícito estaba que después cada uno de nosotros volvía a su respectivo rincón a reiniciar la lucha. Es que aprendimos, en esos consejos de gabinete del Presidente Aylwin -con horchata-, que para que hubiera tradición republicana, como le gustaba decir, la construcción del Chile del mañana era mucho más compleja y difícil y requería mucha más unidad y convergencia que el haber triunfado en el “No” a la dictadura.

Y ninguno de nuestros partidos dijo “nos quedamos en la coalición”. Era la mano invisible de Aylwin la que hizo que no hubiera necesidad de cónclave. La continuidad de la Concertación estaba asegurada. Esa era la forma de Aylwin de ordenar y de mandar.

Es allí donde vimos nacer a este estadista que estuvo a la altura de la demanda de la historia y ese liderazgo, es el liderazgo de la prudencia y de la dignidad, es el liderazgo de la democracia que tiene que ser eficiente e inclusiva, para crear la riqueza que permita incluir a los excluidos. Es ese liderazgo con la fuerza moral del Derecho, el que le permitió tomar con tanta fuerza el tema de los derechos humanos. Y en esa alocución histórica, él, el jurista; él, el que combatió la dictadura; él, pide en nombre de la patria, (perdón) por los desvaríos de Chile bajo esa dictadura. Allí, entonces, había un compromiso profundo que todos lo vimos en la emoción como se dirigió a Chile.

Aquí asisto para despedir al Presidente y decirle gracias por su amistad, por su apoyo y su grandeza en momentos difíciles, en donde él asume la conducción de momentos complejos porque es el Presidente de la República y no está dispuesto que su política quede en manos de un ministro para enfrentar una huelga. Sí señor, hubo una huelga en mi periodo como ministro de Educación, quien no tiene una huelga como ministro de Educación. Le digo al Presidente: “Van a ir a la huelga, Presidente, quisiera hablar al país para decir que es tremendamente injusta porque estamos en pleno proceso negociador”. Y él me dice: “No, no, no.

Eso déjeme a mí, yo voy hablar al país”. “Pero, Presidente,-le digo- lo lógico es que lo haga un ministro. Me va mal, cambia a un ministro. Ahora usted se echa el fardo encima”. “Es que es mi política, yo creo en ella, yo la voy a defender”. Y lo defendió. Después, afortunadamente resolvimos el tema con algunas visitas a Teatinos 120, donde estaba Alejandro Foxley, nuestro amigo.

Creo que Aylwin siempre fue una figura donde lo permeaban los valores de esa clase media, cerca del servicio público y lejos del dinero. Buscó crear un espacio reformador que pusiera siempre las inspiraciones indispensables que tenían al centro las preocupaciones por la dignidad humana. Lo posible, no como una barrera, sino como algo que era necesario seguir ampliando día a día y a la vez concitando nuevas mayorías para que esa barrera pudiera ser corrida.

Por ello, entonces, hoy día quiero invitarlos a pensar en lo que es su legado y su memoria, a construir al Chile del siglo XXI con su ejemplo y con su pensamiento. Pensar a Chile primero y a Chile en grande, construir el sueño colectivo que nos convoca a todos y entender que la moral es la condición central en la construcción democrática, sin ella la democracia está vacía. Reivindiquemos con orgullo el camino escogido por Aylwin, la conducción que nos dio, las reformas que ejecutó, la paz social y el desarrollo que tuvimos.

Quisiera aquí en este momento saludar a la familia que nos acompaña y a la señora Leonor. Aprendimos de esa familia, la grandeza que es posible conculcar con los valores cristianos que nos ha inspirado siempre, pero también aprendimos de esa familia que esos valores cristianos permiten, precisamente porque son cristianos, acoger la diversidad de los que no tenemos esa creencia.

Vengo a despedirlo esperanzado en su ejemplo, en que la dignidad republicana de este adiós, que ha conmocionado a Chile, sea el punto de inflexión para recuperar y aplicar los valores y principios que siempre debieron haber estado con nosotros

en todos los actos de nuestra vida, como lo tuvo en todos los actos la vida de Patricio Aylwin.

Que su ejemplo nos ilumine.

Gracias por su verbo y por su acción.

Ahora, descansa en paz. Ojalá nosotros podamos seguir tus enseñanzas y tu palabra.